



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 115

13 de marzo de 2010

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MARÍA ROSA LIARTE ALCAINE

El desarrollo de los sistemas de registro estratigráfico y su implicación en la arqueología urbana I

RESUMEN

El primer impacto sobre la metodología arqueológica se refuerza con la aplicación de la arqueología estratigráfica a la arquitectura, aunque su vinculación con la arqueología urbana no esté conseguida del todo en muchas ocasiones. Quizás sea ahora el momento de apuntar algunas cuestiones sobre este tema, siempre teniendo presente que me interesan los sistemas y técnicas de registro, y no las aplicaciones informáticas que los gestionan, pues estas tienen un mero carácter instrumental.

PALABRAS CLAVE

Estratigrafía, Uniformistas, Sedimentos, Harris matrix, Carver matrix.

María Rosa Liarte Alcaine

Licenciada en Historia por la Universidad de Málaga

rosaliarte@gmail.com

[Claseshistoria.com](#)

13/03/2010

El primer impacto sobre la metodología arqueológica se refuerza con la aplicación de la arqueología estratigráfica a la arquitectura, aunque su vinculación con la arqueología urbana no esté conseguida del todo en muchas ocasiones. Quizás sea ahora el momento de apuntar algunas cuestiones sobre este tema, siempre teniendo presente que me interesan los sistemas y técnicas de registro, y no las aplicaciones informáticas que los gestionan, pues estas tienen un mero carácter instrumental. Por tanto, creo más interesante centrarme en las distintas aproximaciones al registro arqueológico y sus consecuencias en el modo de concebir la práctica arqueológica y la investigación subsiguiente en el ámbito de las ciudades.

Con independencia de los innegables avances en los sistemas de registro de la información recuperada en excavaciones arqueológicas, especialmente en el campo de la informática, instrumento sin el cual sería muy difícil —casi impensable— una gestión ágil de las bases de datos recogidas, la principal controversia conceptual en este terreno se está dando entre quienes piensan que estos deben ser tan objetivos como sea posible y quienes, por otra parte, opinan que el reconocimiento y registro de la evidencia arqueológica está fuertemente condicionado por el tipo de proyecto de investigación que se desee llevar a cabo. Lo cual no deja de ser otra lectura de la dicotomía existente entre gestión e investigación, a la que he hecho alusión en capítulos precedentes.

En el mundo anglosajón, y con gran eco en el resto de Europa, esta polémica esta encarnándose en una división abierta entre una arqueología guiada por un afán de conocimiento y otra, de urgencia o salvamento, motivada por el registro previo a la destrucción de un yacimiento, cuya finalidad primordial es rescatar la mayor cantidad de información posible antes de su pérdida irreparable. Esta vinculación con la arqueología de salvamento no es casual, ya que en Inglaterra fue la arqueología urbana, desarrollada a partir de los sesenta, el motor de una revolución de la disciplina en materia de metodología de excavación. Producto de tal revolución los arqueólogos

cambiaron su centro de interés desde el hallazgo de estructuras a la documentación de la secuencia estratigráfica.

Dada la preeminencia que ha tenido el sistema desarrollado por el Museo de Londres de contexto simple y diagrama de Harris (mal denominado «sistema Harris»), le dedicare especial atención, así como a los seguidores y críticas que viene cosechando.

Por último, resulta obligado detenerse en la aplicación de las técnicas de registro estratigráfico a los inmuebles emergentes que tanto se han desarrollado en Italia y, desde allí, se han expandido a otros países.

La arqueología estratigráfica y el registro objetivo

En Inglaterra, la década de los setenta vio el desarrollo —la auténtica revolución, podría decirse— de las técnicas de registro arqueológico en las excavaciones urbanas. Los planteamientos de M. Biddle y Ph. Barker de la década de los sesenta se combinaron con las necesidades prácticas que precisaba la arqueología de salvamento, en términos de independencia, agilidad, versatilidad y rapidez.

E. C. Harris (1979), principal difusor de este sistema, ha explicado los principios de la arqueología estratigráfica. Según él, estos están relacionados con los atributos no históricos de la estratificación, de aplicación universal siguiendo los postulados uniformistas de Lillie. El proceso de estratificación arqueológica es, para Harris, una amalgama de patrones naturales de erosión y deposición entrelazados con alteraciones humanas del paisaje por excavación y actividades constructivas. Es decir, compuesto por depósitos e interfaces. Los tres principales factores que determinan la impredecible acumulación de restos culturales por el proceso de estratificación son: la superficie de la tierra que supone el receptáculo conformarlos inicial: las fuerzas de la naturaleza y la actividad de las personas.

Las secuencias estratigráficas pueden mostrarse mediante descripciones textuales, dibujos de secciones o diagramas. Si habitualmente se han preferido los métodos textuales y gráficos, Harris elaboró un diagrama (la *Harris matrix*,

pésimamente traducido al español como «matriz de Harris») en el cual representar las distintas unidades estratigráficas, reflejando la relación espacial entre ellas según el comportamiento de las unidades geológicas, herramienta utilísima para los estudios posexcavatorios y la ordenación de la secuencia. Teniendo en cuenta que la secuencia estratigráfica está compuesta por los depósitos y las interfaces, esta solo puede establecerse durante el proceso de excavación, mientras se levantan los estratos en orden inverso al de su deposición. Así, la *Harris matrix* se irá construyendo desde la superficie hasta el fondo durante el proceso de excavación. El sistema de registro diseñado para llevar a cabo estos requisitos consiste en cumplimentar una planta simple (salvo para el caso de rellenos), su descripción escrita en fichas que incluyen datos objetivables y valoraciones subjetivas, el establecimiento de las relaciones estratigráficas (esto es, de antero posterioridad) de cada unidad, la toma de muestras de carácter medioambiental, la recolección de los objetos de cada contexto y, finalmente, la fotografía de cada unidad cuando se considera que forma parte de un elemento importante.

Estas novedades encontraron su laboratorio de prácticas en las excavaciones urbanas realizadas en el Londres de los años setenta. Allí se adaptaron, perfilaron y exportaron al resto del mundo. Asimismo, la información suministrada por las excavaciones se enriqueció con la aplicación de analíticas destinadas a conocer el medio ambiente pretérito, posibilidad que permitía el perfecto estado de conservación de materiales orgánicos. Durante los ochenta la arqueología urbana inglesa desarrollo el sistema de registro en excavaciones arqueológicas que había experimentado en la década anterior. Se precisaba de una técnica que fuese eficaz y rápida a la vez, ya que el medio urbano y las circunstancias que concurrían en las excavaciones así lo demandaban. El Museo de Londres había perfeccionado el sistema de registro heredado de las experiencias precedentes, optimizándolo y estandarizando su uso. Como quiera que hubieran cesado las aportaciones conceptuales, durante esta década el proceso se limito a centrarlo, corregir desajustes y pautarlo de forma que fuese usado por excavadores sin especiales conocimientos, bajo la supervisión de alguien con mayor experiencia, como culmen de su eficacia.

El sistema de excavación puesto en práctica por el Museo de Londres se articula en torno a dos elementos:

- Un sistema de registro de unidades estratigráficas durante la excavación
- Y el empleo del diagrama de Harris para ordenar la secuencia tanto mientras duran los trabajos de campo como después de éstos.

Aislando y registrando las unidades más simples posibles en la fase de campo, se piensa en ahorrar el tiempo usado en delimitar las diferentes fases, tarea que, como la interpretación, se realiza una vez culminada la actividad. Cada persona se hace cargo de la excavación, registro gráfico y textual de un área de la superficie a intervenir, lo que otorga al proceso una mayor autonomía (Spence [ed.], 1990 y 1993), dándose además la circunstancia de que para llevar a cabo este trabajo no hace falta haber estudiado arqueología; basta con haber recibido un breve cursillo práctico y tener el manual donde se explica cómo rellenar las fichas de registro.

La excavación arqueológica en la Arqueología urbana. Harris Matriz y sus ventajas e inconvenientes

La estructura de este sistema responde a las circunstancias de las excavaciones urbanas, como muestran sus requerimientos esenciales: capacidad de recogida de grandes cantidades de datos arqueológicos objetivamente registrados con fiabilidad y rapidez; establecimiento de secuencias arqueológicas estratigráficas; aptitud para permitir la verificación de todas las relaciones estratigráficas; incorporación de la suficiente colección de material artefactual y medioambiental para posibilitar la concreción de una secuencia relativa. Su adaptabilidad a la arqueología urbana reside en que todos estos requisitos puedan aplicarse sin que influya el tipo de unidades detectables en la excavación, adecuándose por tanto a la frecuente variación experimentada en las diversas áreas de las ciudades. Las enormes posibilidades de este sistema fueron advertidas por la propia administración. Ya, a mediados de los setenta, la Central Excavations Unit (Hinchliffe y Jefferies, 1985), creada dentro del Department of Ancient Monuments and Historic Buildings —predecesor de English Heritage—, puso de manifiesto la necesidad de adecuar la técnica de registro al nuevo panorama determinado por la obligación de atender a múltiples salvamentos en toda Inglaterra. Se requería una técnica de registro que cumpliera los objetivos básicos de normalización y estandarización con independencia del tipo de excavación, para lo

cual se adoptaron fichas impresas que sustituyeron a los clásicos diarios de excavación. Por otra parte, debía asegurar la compatibilidad de esos sistemas con la informática y formar un archivo útil para la investigación. Durante el periodo 1975-87 el sistema no sufrió modificaciones pero, a pesar de la estructuración de los datos, se detectaron fallos en la recogida de los mismos. Se buscaban sus posibles causas en una fe demasiado ciega en la seguridad que suponía la estandarización y en la entrada de nuevo personal a un ritmo que impedía prepararlos suficientemente. El caso es que se olvida interpretar el contexto o bien se despachaba esta cuestión con frases cortas y polivalentes, entre otros errores. También fallaban los controles de revisión sobre el terreno, tarea de los encargados de la excavación, debido a una sobrecarga de trabajo. Todo ello indujo a una revisión del sistema, pero esta se quedó en una modificación de las fichas, su componente más versátil. Resguardados en la confianza de que el sistema había demostrado ser sólido y eficaz debido a su lógica elemental, a la vez que satisfechos por la enorme acogida fuera de sus fronteras, no se prestó atención a otros problemas, ni hubo permeabilización a la severa crítica de la que estaba siendo objeto por destacados especialistas. De hecho, muchas de las aportaciones posteriores se centraron en la informatización del registro o del diseño de los diagramas, obviando cuestionamientos conceptuales más rotundos.

A pesar de su éxito, este sistema de registro ha recibido agudas críticas vehiculadas a traves de comentarios a la obra de E. Harris, su principal difusor, sin que hayan mermado su popularidad y rápida aceptación por muchos arqueólogos de todos los continentes. Veamos algunas de ellas.

Crítica al sistema Matriz-Harris: Dos han sido las principales fuentes de controversia que han tenido como punto de mira la obra de Harris.

- En primer lugar, quienes critican el concepto de objetividad entendida en la doble óptica de existencia de una realidad independiente del observador y, directamente relacionado con esta, la posibilidad de identificar y registrar la evidencia (los datos) tal y como aparecen en la tierra.
- En segundo lugar, quienes se dirigen más hacia la concepción del depósito. Su proceso de formación y la relación de la estratigrafía con la geología. Algo rechazado tajantemente por Harris (1979: 36 ss.).

Con respecto al primero, habría que comenzar señalando que uno de los aspectos más característicos del sistema de registro anglosajón es la certeza y confianza en su objetividad. Ph. Barker y E. Harris son, sin lugar a dudas, los defensores más acérrimos de la idea sobre la excavación objetiva, sin planteamientos previos ni prejuicios.

Para Ph. Barker (1977 y 1986) el suelo es un documento histórico que debe ser des-cifrado, traducido e interpretado antes de ser usado. Considera que las excavaciones orientadas hacia la solución de un problema concreto, o diseñadas con el fundamental propósito de arrojar luz únicamente sobre aquellas cuestiones que los investigadores consideran más importantes en ese momento, corren el peligro de olvidar todos los problemas, u otros periodos comprendidos en ese yacimiento. Este mismo concepto vuelve a estar presente cuando habla de la recuperación de los datos. Incluso cuestiona las tendencias que pretenden relativizar el propio concepto de «hechos». Para él, los hechos son aquellas contingencias observables y cuyo ensamblaje con otras similares y coetáneas componen estructuras. La misión de los excavadores es exclusivamente identificar, más allá de lo cual se entra en un claro subjetivismo que no considera apropiado. Coherentemente con lo anterior, también argumenta que cada parte de un yacimiento es único y solo de forma muy general puede equipararse a la secuencia ofrecida por otro yacimiento. Además la secuencia de ese yacimiento, o de una parte del mismo, ofrecerá sus propias evidencias, no conectadas con los problemas que pretende solventar. Así, manifiesta que cada vez está más convencido de que las únicas cuestiones validas que preguntarse sobre un sitio son: ¿qué hay ahí? y ¿cuál es la secuencia total desde el origen hasta la actualidad?

Por su parte, E. Harris (1979 y 1992) opina que el método de excavación es independiente de la estrategia. Las estrategias pueden adecuarse a cada ocasión, pero el método es el que revalida los resultados. Igualmente piensa que toda excavación arqueológica es investigación, en tanto que a traves de ella se revelan aspectos desconocidos de nuestro pasado. Todo yacimiento arqueológico es una crónica única de nuestra historia. Sigue a Barker a la hora de plantearse cuál es la pregunta idónea que hacer a un yacimiento antes de empezar la excavación, considerándolo el más completo programa de excavación. La existencia de un depósito arqueológico lleva ya de por si incluido ese programa de investigación. Si la

excavación se realiza bajo los auspicios de los principios de la arqueología estratigráfica, supone que el objetivo de la misma será recuperar los datos allí existentes.

Esta concepción de la objetividad del registro no es empero original de estos arqueólogos, sino que bebe en las mismas fuentes de otras corrientes propias de los años sesenta y setenta, singularmente de la nueva arqueología. Esta mantuvo el concepto de que el registro arqueológico, al modo de registro fósil, estaba constituido por elementos materiales resultado de las actividades humanas, y que la conexión entre la evidencia arqueológica y los sucesos del pasado era de carácter causal, es decir, que la primera era consecuencia inequívoca de los segundos (Patrick, 1985). Tomando este modelo como base para la generación de explicaciones y, por tanto, de conocimiento científico, la tarea de la arqueología era definida como la de reconstruir la conducta humana que había dado lugar a los depósitos arqueológicos mediante la inferencia de las causas de las que el registro era reflejo. Objeto específico de atención fue la necesidad de distinción, en el proceso de formación de los depósitos arqueológicos, de los efectos producidos por las actividades humanas de aquellos otros que, como consecuencia del paso del tiempo o de las actuaciones no debidas al ser humano, habían pasado a formar parte del registro, de-nominados en el modelo como «ruido».

Esta visión de la explicación en arqueología y del papel que juega el registro arqueológico en ella ha sido objeto de duras críticas por parte de la arqueología de los ochenta. No es este el marco más adecuado para reflejarlas de forma extensa. Me contentaré con señalar que en el núcleo teórico de este nuevo paradigma se encuentra una concepción del registro como un texto, es decir, constituido por símbolos materiales cuyas asociaciones con el pasado se expresan en una relación de significación. Como indica L. E. Patrick (1985), uno de los obstáculos derivados del empleo del método hipotético deductivo hempeliano usado por la nueva arqueología, como medio para establecer inferencias del registro, era la denominada «falacia de afirmar el consecuente», esto es, extraer conclusiones sobre determinados comportamientos sociales solo a través de las huellas que, teóricamente, debieron dejar los efectos de tales acciones o conductas. Patrick explica esta falacia mediante el silogismo «Si p entonces q». El ejemplo que pone es el siguiente: «Si un animal esta preñado entonces es hembra. Este animal es hembra, luego esta preñado».

La mayoría de los arqueólogos están de acuerdo en que los depósitos arqueológicos ofrecen dos tipos de informaciones:

- una de carácter socio-cultural
- y otra de carácter ambiental

Sin embargo, el marco epistemológico del que parta la investigación condicionara no solo la estrategia y la finalidad de la intervención, sino el propio sistema de registro.

Esta relación fue ya advertida por la denominada escuela polaca (este termino de «escuela» aparece en Kobylinski, 1993). La arqueología estratigráfica comenzó a tener consideración en Polonia a partir de la segunda guerra mundial, cuando se cuestiona por vez primera la excavación de los depósitos arqueológicos siguiendo alzadas artificiales. Sin embargo, no será hasta finales de los setenta —momento en que además se establecen colaboraciones con otros países como Italia y Noruega— cuando aparezcan las teorizaciones que personalicen tal escuela. El instrumental de trabajo de campo apenas se diferencia del usado por los anglosajones, e incluso incorporaron pronto el diagrama de Harris. No obstante, mantienen como estrategia de excavación la reticulación de la superficie a intervenir en cuadrados, dejando pasillos para dibujar los perfiles. Consecuentemente han adoptado determinados símbolos para indicar que una misma unidad se encuentra en varias cuadrículas, cuando construyen la secuencia siguiendo el diagrama de Harris. Así mismo, usan otros para darle mayor riqueza informativa sobre aspectos relacionados con el tipo de unidades o estructuras excavadas (Kobylinski, 1993). A pesar de estas indudables concomitancias, ha sido en el desarrollo conceptual, imbuido de los principios de la teoría de sistemas, donde difieren notablemente del mantenido por la arqueología tradicional. Para estos autores (Maetzke *et alii*, 1977; Maetzke, 1985; Arnoldus-Huyzenveld y Maetzke, 1988; Arnoldus-Huyzenveld, 1995) las entidades arqueológicas evidenciadas por el registro se distribuyen entre dos subsistemas (el de los elementos y el de las relaciones), pertenecientes ambos al sistema cultural que explique los comportamientos sociales objeto de investigación. Pero si la observación de los hechos arqueológicos establecidos por deducciones se configura a traves de las huellas observables, en el proceso de su definición debe tomar parte activa el

establecimiento de un marco teórico y metodológico previo que respalde la selección de aquellos rasgos pertinentes para la investigación.

Desde otro punto de vista, y en el ámbito de una propuesta para ordenar los sistemas de registro, J. Andersen y T. Madsen (1992) reflexionan sobre la naturaleza de los datos arqueológicos, procurando separar la descripción de la interpretación, como pretende el propio Harris. Pero estos autores advierten que esta mezcla en un mismo plano, desde la inicial división de las entidades arqueológicas (estratos e interfaces) que hace. Esto mismo ya fue notado por J. Stein (1987) que apuntaba hacia la geología como modelo donde se suele distinguir entre unidades observables e inferenciales. Las primeras se separan en razón de sus propiedades físicas; las unidades inferenciales se basan en la interpretación de las unidades observables y sus contenidos.

Con la referencia a Stein nos hemos adentrado en el segundo frente de problemas suscitados por la noción de estratigrafía arqueológica teorizada por E. Harris, y seguida en la arqueología urbana británica. Se trata de la naturaleza de los sedimentos y su (des)vinculación con la geología, aunque también retroalimenta la problemática anterior sobre la objetividad del registro.

Para F. G. Fedele (1976), existe una congruencia esencial y unitaria entre sedimentos, depósitos y otras dimensiones de los sistemas de información cultural y medio-ambiental. De acuerdo con ello, el estudio de los sedimentos debe estar coordinado desde la perspectiva de la evidencia humana paleo ecológica, dentro de una estrategia global de investigación. Por tanto, deja de ser algo subsidiario de otros procesos de investigación para convertirse en objeto de atención preferente. Desde un punto de vista general, los sedimentos de los yacimientos pueden ser observados como una clase de residuos o segmentos de paleo suelos.

La investigación arqueológica debe averiguar las alteraciones de los sucesivos paleo suelos hasta llegar al actual y ello tanto en un yacimiento como en el paisaje. Durante la excavación debieran acometerse análisis sedimentológicos y geológicos y, en segundo lugar, desde un punto de vista práctico, se precisaría reorientar la excavación y los sistemas de registro en orden a favorecer la detección y la comprensión de las características significativas de los sedimentos arqueológicos.

Poco después de la sistematización harrisiana, hubo otro intento de formulación de un procedimiento estandarizado del registro estratigráfico en yacimientos arqueológicos, apoyado en la experiencia de campo de las excavaciones mesopotámicas llevadas a cabo en Tell ed-Deir (Irak) [Gasche y Tunca, 1983]. En este caso, parten de la existencia de una innegable analogía entre la estratigrafía arqueológica y geológica. El objetivo era preparar una guía para la terminología y clasificación arqueostratigráfica siguiendo los modelos usados en geología. Este proyecto no supero esta fase. Pero posteriormente, O. Tunca (1995) ha procurado darle un final, no sin antes quejarse de la importancia que Harris ha dado a la arqueología británica como líder en el desarrollo de la estratigrafía, ignorando las aportaciones de italianos y polacos a este mismo tema, incluso antes que Wheeler y Kenyon. En segundo lugar, Tunca critica a Harris su rechazo hacia los principios de la estratigrafía geológica. Citando a W. R. Farrand (1984), opina que el autor británico solo conoce la geología de forma superficial y en términos de sedimentaciones marinas. Sin embargo, un mayor conocimiento de los principios de la estratigrafía geológica no mejoraría el libro de Harris, por cuanto que su principal aportación (la *Harris matrix*) tiene por función ilustrar la secuencia estratigráfica. Y eso ya estaba inventado: sería exclusivamente un diagrama de la secuencia cronoestratigráfica, en el sentido aportado por Gasche y Tunca.

En fin, seguir ahondando en este debate solo resaltara más aún su carácter marginal con respecto de la temática principal de este capítulo. Baste decir que la débil respuesta de E. Harris (Brown III y Harris, 1993) a sus críticos ha cerrado virtualmente el debate teórico, pero ha dejado una clara secuela: el inicio de una fase pos-harrisiana del registro arqueológico. Las claves de esta nueva etapa pasan por la fragmentación de la ortodoxia harrisiana en múltiples transformaciones tan dispares como alejadas de los principios iniciales, a las que se están sumando nuevas concepciones del registro arqueológico basadas en sistemas jerárquicos, donde el contexto simple es la entidad arqueológica significativa más pequeña que pueda identificarse, pero no la única. también el propio diagrama de Harris esta experimentado innumerables mutaciones en orden a enriquecerse con una simbología que permite evidenciar las diferentes relaciones físicas y la propia naturaleza de las unidades estratigráficas aisladas durante el registro, ampliando la exclusividad temporal de la *Harris matrix* (Paice, 1991). A ello cabría añadir la aparición de nuevos manuales dedicados a la

excavación arqueológica, haciendo especial hincapié en los aspectos prácticos (por ejemplo, Ros-kams, 2002), que siguen en lo fundamental la ortodoxia harrisiana, pero no solo ana-den innovaciones en la forma de representar los diagramas, aceptando la estructuración jerárquica de las entidades arqueológicas formadas a partir de uniones funcionales de las unidades estratigráficas, sino que también se separan abiertamente del concepto de «registro objetivo».

Sin embargo, sería absolutamente injusto no reconocer a Harris el enorme merito y la aportación de su obra; su estrecha vinculación con la nueva concepción de la arqueología urbana ha motivado que la expansión de ambas haya ido a la par, no concibiéndose una sin la otra. En todos los países se han desarrollado sistemas de registro basados fiel-mente en los trabajos británicos, sin los cuales quizás nunca se hubiese avanzado en la arqueología urbana europea.

En Inglaterra no solo apareció el sistema de contexto simple y diagrama de Harris, aunque haya sido el más difundido. M. Carver (1992) también dio a conocer el suyo, algún tiempo después. En realidad no difiere tanto del anterior, si bien el punto de partida es distinto: piensa, como ya se ha mencionado en otro lugar, que no hay ningún científico objetivo, en el sentido de observador pasivo. Se precisa un determinado proyecto de investigación previo para traducir los hechos en conocimiento. El registro arqueológico no es independiente del modo elegido para definirlo. Dar significado a lo que se encuentra es la única empresa valida en la investigación arqueológica; y a ello no se llega sin objetivos, estrategias o métodos. Este, a diferencia del usado en el Museo de Londres, esta jerarquizado, articulando varios niveles, constituidos por la adición de elementos de la misma especie: contexto (*context*), entendido como un conjunto de *componentes; features* o conjunto de contextos y estructuras (*structures*) o conjunto *defeatures*. Esta agrupación resulta algo intuitiva ya que Carver no define con precisión que abarcan los niveles segundos y tercero. Cada contexto es dibujado, reflejando su extensión y cotas; los detalles del dibujo dependen del tipo de excavación (*recording levels*) usado. Sobre el registro dibujado, admitiendo la existencia de plantas simples, Carver prefiere hacer hincapié en la diferenciación entre «registro» e «interpretación». El piano debe incorporar datos —interpretación—, forma, extensión y contactos entre dos o más unidades y, a la vez, aportar definición y exactitud. Para ello sugiere que debieran completarse los pianos con fotografías en color. Pero siempre es irrenunciable atender a la elaboración

interpretativa de los dibujos. Será en ellos donde se encuentren los datos, es decir, la situación y definición de las unidades estratigráficas o contextos.

Carver presenta su propio diagrama —la *Carver matrix* (ciertamente no ha sido muy original al buscar un nombre) — en el que distingue entre contextos, hechos y estructuras. Asume la realización previa de un diagrama de Harris, pero después procede a agrupar conjuntos de contextos dentro de sus hechos, según lo observado en el yacimiento. Las estructuras se representan como flechas verticales para mostrar que tienen duración en la secuencia. Este modo de representación se fija más en que ha sucedido durante el tiempo que en cómo se han dispuesto las unidades estratigráficas sobre el yacimiento. Finalmente, usa lo que denomina ensamblajes, conjuntos de materiales contruidos a partir de los contextos, como mejor fuente de interpretación de las actividades localizadas. 'No obstante, advierte de la complicación inherente al estudio de estas, pues la forma en cómo llegan a nosotros no responde a los patrones originales, sino a la transformación operada en el paso de conjunto sistémico a contexto arqueológico. Como ya se ha mencionado, la teorización de Carver no ha llegado a tener la popularidad del de Harris, pero su filosofía inherente y su prédica sobre la selección a la hora de emprender excavaciones en función de programas de investigación previos, si esta en boga no solo en el Reino Unido (Roskams, 2002), sino sobre todo en Italia (Brogiolo, 1997 y 2002 y Gelichi, 2002), de manera que ha entrado a formar parte en la etapa «posharrisiana» del registro arqueológico.

BIBLIOGRAFÍA

DOMINDO, I.; BURKE, H.; SMITH, C.: Manual de Campo del Arqueólogo. Barcelona. Ariel. 2007.

DOMINGO, I., BURKE, H. y SMITH, C.: Manual de campo del arqueólogo, Barcelona: Ediciones Akal. 2007.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M.: Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado, Barcelona: Ediciones Crítica.

GAMBLE, C.: Arqueología Básica, Barcelona: Ediciones Ariel. 2002.

JOHNSON, M.: *Teoría Arqueológica*, Barcelona: Ediciones Ariel. 2000.

RENFREW, C. y BAHN, P.: *Arqueología. Conceptos clave*, Barcelona: Ediciones Akal. 2008.